

SOCIOLOGÍA DE LA STÁSIS. I. EL DÉMOS Y LOS OLIGARCAS EN 411 a.C.*

ABSTRACT. This study, which is divided in two papers (I: *The Demos and the Oligarchs in 411 BC*; and II: *The Social Support of the Thirty and that of the Demos in 404/3 BC*), evaluates the social support that revolutionary movements in Athens gets at the end of the 5th century BC. Specialists believe that Athenian citizens are split into two parts, depending on whether they are for or against democracy. However, this essay shows that *demos*' political consciousness was in fact almost non-existent. Despite its preference for a popular power system, the multitude remains quiet without the direction of its democratic leaders, who act driven not by principles, but by prospects of power or just patriotism. Something similar happens to the leaders of oligarchy: only a few are true ideologists (Antiphon or Critias for example). Most of them just display their discomfort with how democracy has been corrupted by a handful of demagogues, but show that they feel ready to quit the oligarchic project as soon as any further difficulty arises. It is not ideological convictions, but personal motives or their positions on the war, that cause disaffection among revolutionary groups. Therefore it should be taken seriously what Thucydides said about those who are «in the middle» in a *stásis*, that is, citizens who did not take sides; and about the arguments that «those of the city» (citizens who support the power of the Thirty) expressed during judicial processes and the *dokimasíai*.

Este artículo es la primera parte de un trabajo de conjunto en el que me propongo analizar el apoyo social que reciben los movimientos revolucionarios de Atenas en los años 411 y 404, así como la relación entre composición de la sociedad y posición política de los ciudadanos. El interés de fondo es sondear si la sociedad ateniense estaba tan claramente dividida en partidarios de la democracia y seguidores de la oligarquía como sugieren algunas fuentes y sostiene la mayoría de los estudiosos modernos, e intentar responder a la cuestión de en qué medida esa división obedecía a realidades socio-económicas. En esta primera parte me ocuparé de la oligarquía de los Cuatrocientos; y, en una segunda, de las reacciones en contra o a favor de la segunda oligarquía, durante el periodo inmediatamente posterior a la derrota de Egospótamos.

Al margen del interés que por sí mismo encierra el asunto, el problema tiene ramificaciones de largo recorrido ya que afecta a la comprensión de la democracia restaurada en 403. Mientras que, para muchos investigadores, sigue siendo casi un dogma que la democracia del s. IV es 'moderada' y menos democrática que la de la Vª centuria, y esto por motivos que tienen que ver con el modo en el que se habría cerrado la guerra civil de 404/3, y con la necesaria inclusión de los 'oligarcas' – es decir, de aquellos que habían respaldado a los Treinta – en la ciudad y el sistema político, recientemente empiezan a oírse argumentos que valoran ciertos procedi-

* Trabajo realizado en el marco del Proyecto HAR2011-26191.

mientos novedosos, implantados en la época posterior a los Treinta, más como una salvaguarda de la democracia que como un recorte de la soberanía del *demos*.

Examinar el problema exigirá una lectura diacrónica de los textos que narran los acontecimientos, y una interpretación de los sucesos más relevantes en cada una de las dos crisis de la democracia. Aunque, a título de consideración general, es conveniente dedicar unas líneas previas a las únicas reflexiones genéricas que, acerca de los conflictos sociales de finales del s. V, nos proporcionan dos autores atenienses de la época, Pseudo Jenofonte y Tucídides. El primero de ellos es un anónimo sofista¹ cuya tesis principal es que el *dêmos*, entendido de forma excluyente como clases populares, prefiere el sistema de gobierno democrático por las ventajas económicas y sociales que este le reporta. Su visión de la sociedad ateniense, seguramente fechable hacia mediados de la década de los 420, es que los mejores (*chrestoi*) y los campesinos acomodados (*georgoi*) que luchan como hoplitas ([X.] *Ath. Pol.* 2.14, por ejemplo), quedan postergados por una ciudad y un sistema político que priorizan el dominio marítimo sobre la guerra terrestre. Su ideal evidente es una alianza entre estos dos grupos con la finalidad de poner fin al gobierno del *dêmos*. La noción de *dêmos*, para nuestro polemista, obviamente no solo no incluye a la elite económico-social sino tampoco a las así llamadas ‘clases medias’, aunque desconocemos si está pensando en todos los que en Atenas serían considerados como zeugitas, la tercera clase soloniana, o solo en los más ricos entre ellos². A pesar de todo, la falla social que el autor anónimo expresa en su tratadito no deja de ser un desiderátum ya que él mismo concluye que, por el momento, la posibilidad de abolir la democracia está lejana debido a la escasa oposición que suscita (3.12). Por otra parte, incluso el Viejo Oligarca es de la opinión de que, aunque fuera razonable una alianza entre los mencionados elementos, existen muchos individuos que por su origen o ‘naturaleza’ no deberían apoyar la democracia y, sin embargo, lo hacen (2.19-20).

Por lo que concierne a Tucídides, es en el libro III, tras la narración de la *stásis* de Corcira del año 424, cuando introduce una valiosa digresión sobre la guerra civil en las ciudades. El largo capítulo 82 de este libro con probabilidad fue redactado bastante después de los hechos, pues el autor afirma que la de Corcira fue una de las primeras guerras civiles y que más tarde todas las ciudades iban cayendo en ella y cada vez los comportamientos fueron más crueles (§§ 1-3). Las consideraciones generales sobre cómo actuaban los individuos y las razones que los movían a ello también hacen pensar que esta es una parte tardía, y teñida de pesimismo, de la redacción de la obra. La fractura y enfrentamiento entre líderes, los del *dêmos* y los *oligoi* (§ 1)³, es, como veremos, una característica aplicable a todas las crisis civiles

¹ J.L. Marr - P.J. Rhodes, *The ‘Old Oligarch’. The Constitution of the Athenians Attributed to Xenophon*, Trowbridge 2008, pp. 15 ss.

² Marr-Rhodes, *The ‘Old Oligarch’* cit., pp. 21-22.

³ El papel de los líderes populares en la *stásis* es necesario: sin ellos el *dêmos* carece de programa. En

acaecidas durante la guerra, así como el hecho de que esta circunstancia se viera favorecida por la existencia de un conflicto internacional que dividía la Hélade en dos bandos los cuales desde el exterior se prestaban a apoyar, en cada caso, a unos o a otros⁴. Volveré más adelante sobre esta relevante percepción que introduce en el análisis el tema de las alianzas estratégicas internacionales. Tucídides, en definitiva y a diferencia de Pseudo Jenofonte, no habla tanto de grupos sociales compactos y de sus intereses políticos y económicos homogéneos, cuanto de individuos que pertenecen todos a la misma minoría socio-económica, y cuyo móvil es la ambición de poder. A todos ellos responsabiliza del deterioro de la vida tradicional de la *pólis*, de la traición a los vínculos familiares y religiosos que habían asentado la convivencia hasta esos momentos. Por último (§ 8), señala que los más perjudicados en esa competición eran «los de en medio» (τὰ δὲ μέσα τῶν πολιτῶν), la mayoría de los ciudadanos, pues, perecían – dice – a causa de la envidia (φθόνῳ) de unos y de otros. Debido al contexto y tono generales del pasaje, parece poco probable que el sintagma «los ciudadanos de en medio» constituya una referencia a las clases medias (término socio-económico), o a los que profesaban una postura política concreta y calificable de moderada, si es que eso significa estar a medio camino entre tener convicciones democráticas y sostener la oligarquía.

Un prejuicio que daña la mayor parte de las interpretaciones modernas acerca de este importante periodo de la historia ateniense estriba en que los especialistas parten del supuesto tácito de que los miembros de la polis son o demócratas convencidos u oligarcas doctrinarios, cuando la realidad seguramente era mucho más compleja⁵. En toda lucha política, cuando esta acaba desembocando en un proceso de radicalización e incluso en una guerra, los que nunca se hubieran definido cla-

relación con los oligarcas, también comprobaremos que, a veces, Tucídides hace diferencia entre los cabecillas y sus «compañeros» o «los que comparten sus ideas», etcétera. En Aristóteles emerge la misma visión: los demagogos, que pertenecen a la elite social aunque sus riquezas sean diferentes a las de los viejos aristócratas, son el motor de las revoluciones democráticas. Pues el *dêmos* está, en general, menos atento a una situación de carencia que la clase dirigente, ya que el hábito de la falta de un bien les hace no desearlo; cf. G.D. Contogiorgis, *La théorie des révolutions chez Aristote*, Paris 1978, pp. 52, 202.

⁴ Las palabras de Diodoto en 427, que el *dêmos* en todas las ciudades era partidario de Atenas (Th. 3.47.2; cf. [X.] *Ath. Pol.* 1.14; 3.10-11), corroborarían esta visión. Pero la idea de que el poder de Atenas es como una tiranía, que expresan tanto Pericles (Th. 2.63.2) como Cleón (3.37.2), en Atenas, y Eufemo (6. 85.1), en Camarina, así como los planteamientos de los atenienses en Melos (5.105.2), nos llevan a pensar en un mero recurso retórico por parte de Diodoto, en un lugar común que tuvo mucho éxito en el s. IV, el de que el poder ateniense era benigno con los aliados.

⁵ La *Constitución de los atenienses* aristotélica (28.2-4) divide a los líderes atenienses, desde Solón, en dirigentes del demos (προστάται τοῦ δήμου) o de los *eupóroi/gnórimoi*. En Plu. *Cim.* 10.8; 15.2, y en Diod. 11.77.6, escritores tardíos, encontramos que desde la época de Cimón y Efiltes existiría esa división en partidarios de la democracia y de la aristocracia/oligarquía. P.J. Rhodes, *A Commentary on the Aristotelian Athenian Politeia* (= *CAP*), Oxford 1981, pp. 126-127, razona que Efiltes sería el primer demócrata consciente y Cimón, un partidario del acuerdo con Esparta y defensor de una forma no democrática de gobierno.

ramente se ven obligados a tomar partido en un bando u otro. Eso es lo que determina el lenguaje de nuestras fuentes, las cuales regularmente hablan de los dos bandos en liza. Volvamos a los dos autores que han sido comentados: el Viejo Oligarca cuando pergeña la escisión entre *chrestoi* y *poneroi* expresa 'su' interpretación de la sociedad, pero eso no significa que esta se encuentre en el momento en el que él escribe escindida política e ideológicamente en los dos bandos que él considera lógicos de acuerdo con los intereses que cada uno debería defender. Pseudo Jenofonte lanza una propuesta, llama a la unión de los aliados naturales, y pretende construir una oposición compacta e importante frente al *dêmos*. Pero Tucídides, que es un historiador y tiene por objetivo describir la realidad más que construirla, a pesar de que pueda adolecer de un posible reduccionismo, no ve en la acción tanto a grupos sólidos de interés económico, si bien este no es inexistente, cuanto a individuos que hacen carrera en su ciudad gracias al apoyo que pueden conseguir de las alianzas internacionales dispuestas a intervenir. Los fanáticos, frecuentemente, cambiaban incluso de bando, mientras que los prudentes (*epieikeis*, *sophrónes*) solían mantenerse expectantes a la espera de cómo evolucionaran los acontecimientos. Entre este tipo de ciudadanos encontramos tanto a ricos *aprágmones*, como a ciudadanos pobres o de clase media-baja con niveles de politización escasos y que, circunstancialmente, podían dejarse convencer por la necesidad de reformar la democracia a causa de sus excesos, o de poner fin a la oligarquía debido a su violencia y crueldad.

I. *Antecedentes*

Como es sabido, la revolución de los Cuatrocientos tiene unos antecedentes claros sin los cuales parecería un suceso aleatorio e inesperado. Me refiero a los escándalos religioso-políticos de 415, al acoso y huida de Atenas de Alcibíades y, finalmente, a la derrota en Sicilia en el otoño de 413. En este apartado me ocuparé del proceso por el que los individuos y la masa, o multitud popular, van conformando grupos de opción ideológica y clarificando sus posturas políticas, así como las razones de las mismas. Por tanto, no pretendo abarcar todo el proceso y cada uno de los problemas que afectan a la interpretación de la oligarquía de los Cuatrocientos.

Es indudable que los actos sacrílegos de los hermocópidas, estuvieran o no perpetrados con fines políticos (Th. 6.27.3), levantaron una sospecha generalizada de golpismo, relacionada también con otras profanaciones, digna de ser valorada⁶. Esta

⁶ O. Murray, *The Affair of the Mysteries: Democracy and the Drinking Group*, in O. Murray (ed.), *Symptica*, Oxford 1990; M. Ostwald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of the Law. Law, Society, and Politics in Fifth Century Athens*, Berkeley / Los Angeles - London 1986, pp. 323 ss.; J.F. McGlew, *Citizens on Stage. Comedy and Political Culture in the Athenian Democracy*, Michigan 2002, pp. 118, 124, 133-135.

desconfianza fue aprovechada tanto por los líderes populistas como por los enemigos políticos de Alcibiades (28.1-2; cf. X. *Hell.* 1.4.13-16)⁷. Para los primeros, fue la ocasión de liberarse de aquellos que tal vez no se distinguieran por ser fervientes defensores del *dêmos* (Th. 6.53.2,60.2,61.1); para los otros, de hundir a quien en esos momentos era el más popular de los demagogos (29.2). Sin entrar ahora en los detalles de los acontecimientos, merece la pena señalar que Tucídides, que constituye nuestro principal relato histórico, destaca especialmente lo que podríamos considerar manipulación de los sentimientos populares por parte de los políticos (53.3; 60.1). Pero la rapidez con la que el pueblo estuvo dispuesto a creer en una intentona de cambio revolucionario es reflejo de la existencia de un clima de recelo vago hacia el comportamiento de algunos «jóvenes» de los círculos sociales de la elite⁸. Andócides, que fue un implicado muy especial en los sacrilegios⁹, en su discurso *Sobre los Misterios*, que fue redactado bastante después de los acontecimientos, en 399, no contradice este cuadro de paranoia colectiva, ya que buena parte del tiempo de su defensa lo dedicó a referir delaciones inconsistentes que, sin embargo, fueron dadas por buenas y originaron una espiral de terror disparatado con la consecuencia del exilio voluntario de personajes relevantes, algunos de ellos seguramente inocentes. Todo apunta a que no existía una conjura oligárquica, aunque eso no signifique que en Atenas no hubiera oligarcas, o mejor, antidemócratas. El pueblo se alteró mucho al principio – según Tucídides, demasiado (cf. ἐμεγάλυνον: 6.28.2) – y esta alarma excesiva fue explotada por los dirigentes; pero, del mismo modo, halló la calma repentinamente cuando «creyó» que los verdaderos responsables habían sido ya detenidos (60.4-5).

Los acontecimientos referidos son el preludio de lo que ocurriría en el invierno de 412-11, cuando a la fiereza represora popular, que ya entonces había generado una crucial división en la ciudad, se unió la debacle militar de Siracusa, la ruina eco-

⁷ Fue Tesalo, el hijo de Cimón, quien puso la demanda contra Alcibiades por profanación de los Misterios (Plu. *Alc.* 22.4). La dificultad en la que se encuentran los modernos a la hora de ubicar ideológicamente a muchos personajes se refleja en opiniones como la de M. Munn, *The School of History. Athens in the Age of Socrates*, Berkeley / Los Angeles - Boston 2000, p. 110, que ve a Alcibiades en la ‘izquierda’, al menos en 415; mientras H. Heftner, *Der oligarchische Umsturz des Jahres 411 v. Chr. und die Herrschaft der Vierhundert in Athen*, Frankfurt am Main 2001, p. 126 passim, lo considera «moderado», especialmente desde su reincorporación a la flota de Samos en 411.

⁸ W. Forrest, *An Athenian Generation Gap*, «YCS» 24 (1975), pp. 37-52; Munn, *The School of History* cit., pp. 90-91, 104-125.

⁹ Para D. MacDowell (ed.): Andokides, *On the Mysteries*, Text Edited with Introduction Commentary, and Appendixes, Oxford 1992, pp. 168, 175, Andócides era culpable de la profanación, pero no un hermocópida. No piensa así O. Aurenche, *Les groupes d'Alcibiade, de Léogoras et de Teucros. Remarques sur la vie politique athénienne en 415 avant J.-C.*, Paris 1974, p. 168. Cf. el mismo: pp. 15 ss., 32 ss. para el significado de las heterías y *synomoiatai* como grupos de amigos de armas y, eventualmente el segundo término, de golpistas conjurados.

nómica y, seguramente, un aumento de la presión fiscal sobre los sectores acomodados (Th. 8.1.2-3). Si ca. 424 a.C. Pseudo Jenofonte no veía posible derrocar la democracia¹⁰, los ciudadanos comunes lo creyeron perfectamente realizable en 415, y una minoría lo logró en 411. Coincide este último momento con la circunstancia de que Alcibiades, que gestionaba en Asia los intereses de los espartanos, tuvo conocimiento por entonces de que estos intentaban asesinarlo, y para evitarlo planeó el modo de regresar a Atenas. Con ese objetivo, hizo esfuerzos para convencer a Tisafernes de que no le convenía volcarse plenamente en apoyar la causa lacedemonia (46; 47.1) mientras, por su parte, iniciaba una aproximación hacia algunos de los dirigentes, calificados de «los más poderosos» (τοὺς δυνατωτάτους αὐτῶν ἀνδρας... τριήραρχοί τε τῶν Ἀθηναίων καὶ δυνατώτατοι) atenienses de la flota de Samos. A esta minoría, seguramente porque conocería a muchos, o porque estaría al tanto de sus inclinaciones (cf. ἀπὸ σφῶν αὐτῶν), les propuso procurarles la amistad de Tisafernes y, con ello, la financiación necesaria para seguir la guerra, a cambio de que le facilitaran el regreso a su ciudad en una oligarquía. Y también les confió la tarea de convencer a los «mejores» (ἐς τοὺς βελτίστους¹¹ τῶν ἀνθρώπων) de la bondad de su propuesta. No parece que a los receptores, a los «más poderosos», les costara mucho hacer suyos los planes que habían escuchado, a tenor de la disposición mostrada para derrocar la democracia (ὥρμητο ἐς τὸ καταλῦσαι τὴν δημοκρατίαν) (47.2)¹². La razón, seguramente, era que, al ser conscientes de aportar buena parte de los recursos (ταλαιπωροῦνται), concibieron la esperanza de obtener a cambio también la dirección política (πολλὰς ἐλπίδας... τὰ πράγματα: 48.1).

¹⁰ Dejando de lado las cronologías altas, ya desacreditadas, las opiniones recientes se dividen entre quienes, basándose en 3.4, prefieren una fecha en los inicios del conflicto como E. Lévy, *Athènes devant la défaite de 404. Histoire d'une crise idéologique*, Paris 1976, pp. 273-275, o J. Bordes, *Politeia dans la pensée grecque jusqu'à Aristote*, Paris 1982, p. 142 nt. 28; y los que, basándose en 2.5 y 2.13, como C. Leduc, *La constitution d'Athènes attribué à Xenophon*, Paris 1976, pp. 157-200; M. Ostwald, *From Popular Sovereignty* cit., p. 182 nt. 23, y Marr-Rhodes, *The 'Old Oligarch'* cit., p. 5, creen más probable una fecha entre 425 y 424.

¹¹ Cf. S. Hornblower, *A Commentary on Thucydides (= CTh)*, III. *Books 5.25-8.109*, Oxford 2008, pp. 894-895, para la posible diferencia entre los mejores, los más poderosos y los poderosos (οἱ δυνατοί) en 48.1, de los cuales se dice que soportaban las mayores cargas, seguramente económicas, y que esperaban también ser los beneficiarios de los cambios. Es posible que los que habían ido a entrevistarse con Alcibiades sean «los más poderosos» y, cuando regresaron a Samos, reunieran a los que consideraban «los mejores» o «los poderosos». Pero esta distinción no autoriza a pensar en una diferencia de carácter meramente socio-económico. El texto tucidídeo (48.2) dice que los que habían ido a parlamentar con Alcibiades reunieron en una conjura a los que consideraban afines (ξυνίστασάν τε τῶν ἀνθρώπων τοὺς ἐπιτηδείους: *loc. cit.*; cf. οἱ δὲ ξυνιστάντες τὴν ὀλιγαρχίαν: 48.3), y lo que parece evidente es que en Samos la conjura fue suscrita por unos pocos, de los cuales no todos habían cruzado al continente; y que los pocos soldados hoplitas son considerados parte de la muchedumbre de la tropa.

¹² C. Bearzot, *Come si abbatte una democrazia. Tecniche di colpo di Stato nell'Atene antica*, Bari 2013, p. 36, cree que el 'golpe de estado' estaba ya en fase de preparación desde hacía tiempo. Sin embargo, tal conclusión no puede deducirse de la mera existencia de disgusto o críticas a la gestión democrática.

II. *Conspiración y reacción popular en Samos*

El paso siguiente era comunicar a los soldados de la flota de Samos los propósitos propios y calmar los ánimos de la masa. Debido a la situación general de ruina que hacía imposible remunerar a los remeros, estos eran sensibles a la promesa de la paga. Tucídides emplea los términos οἱ πολλοί, ὁ ὄχλος¹³ y ὁ πλῆθος (48.2-3) para referirse a aquellos a los que los conspiradores tenían que conseguir calmar, nunca se refiere a ellos como *dêmos*; y parece que consiguieron silenciarlos hablando primero de la amistad del Rey y de la posibilidad de que su dinero se inclinara por la causa ateniense, y, después, de la condición que ello requería, que no era sino la vuelta de Alcibíades y la abolición de la democracia (μὴ δημοκρατουμένων, § 2)¹⁴. En buena lógica, lo que Alcibíades prometía, que era el dinero que permitiría ganar la guerra, era transmitido a los soldados en forma de sueldos concretos para ellos, algo que transformaba su inicial desagrado en posterior silencio o tranquilidad (διὰ τὸ εὐπορον τὸ τῆς ἐλπίδος τοῦ παρὰ βασιλέως μισθοῦ ἡσύχαζεν, § 3). Así que, mientras los más poderosos abrigaban expectativas de hacerse con el poder, la mayoría se conformaba con recibir la soldada a cambio de renunciar al gobierno democrático.

Con expresiones, como «los muchos» o «la masa» Tucídides se refiere en general a la tropa anclada en Samos. Entre los que en ella eran ciudadanos – pues muchos no lo eran – unos pocos serían hoplitas pero en su mayoría pertenecerían al grupo socioeconómico más humilde, el de los *thêtes*¹⁵. Se trata de la masa náutica que, para muchos autores, tanto antiguos como contemporáneos, sostenía la democracia más evolucionada, esa que hoy, inadecuadamente, llaman «radical»; y aquellos que tendrían que salir más perjudicados, supuestamente, con los cambios del sistema político. Sin embargo, su resistencia a la revolución parece mínima. Bien es cierto que para ellos la soldada era vital y que no podemos estar seguros de que Tucídides haya transmitido todo lo que se les dijo, ni el modo en el que les fue presentado. Hay que decir que, si nos atenemos a los términos que emplea el historiador – «no gobernarse de manera democrática» – expresión que también habría usado Alcibíades ante los negociadores de los dirigentes atenienses la cosa no ofrece dudas: se trataba de abolir la democracia.

Los conjurados mantuvieron una reunión en la que participaban ellos mismos

¹³ V. Hunter, *Thucydides and the Sociology of the Crowd*, «CIJ» 84 (1988), pp. 18-25, afirma que, en Tucídides, *hómilos* y *óchlos* son términos aplicados a masas transitorias y heterogéneas que actúan coléricamente y estallan irracionalmente.

¹⁴ Andrewes (A.W. Gomme - A. Andrewes - K.J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides* [= *HCTh*], V. *Book VIII*, Oxford 1981, p. 110), con razón, comenta que en Samos no se produce una votación en relación con la democracia, sino que el *óchlos* meramente se mantuvo tranquilo / en silencio. M. Taylor, *Implicating the Demos: A Reading of Thucydides on the Rise of the Four Hundred*, «JHS» 122 (2002), pp. 95-96, interpreta en esta actitud «desprecio a la democracia» por parte de los *thêtes* de la flota.

¹⁵ Heftner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 38-39.

y la mayoría de los de su grupo (τοῦ ἐταιρικοῦ τῷ πλέονι, 48.3), lo que seguramente indica que los iniciales conjurados convocaron a aquellos a los que creyeron que les secundarían, para examinar las propuestas que Alcibíades había hecho. Todos las juzgaron positivas, salvo Frínico (§ 4), que no consideraba a Alcibíades interesado en la oligarquía en sí, sino en cómo regresar a la ciudad. Frínico¹⁶ veía que iniciar ahora una mutación política era suscitar la división y que lo que había que evitar era la *stásis*. En esta frase (σφίσι δὲ περιοπτέον εἶναι τοῦτο μάλιστα, ὅπως μὴ στασιάσωσιν) se podría entender incluso que Frínico señalaba la posibilidad de que la disensión afectara al grupo golpista (cf. Ar. *Pol.* 1305b.22-23), como de hecho acabó por ocurrir. Entre otras cosas recordó a los que participaban en aquel cónclave, con seguridad gente toda de elevado nivel social, que la actual situación del imperio se veía gravemente afectada con los cambios. Lo primero, las ciudades aunque recibieran gobiernos oligárquicos no solo no serían más leales a una Atenas oligárquica, sino que si percibían la inestabilidad verían llegado el momento de obtener la verdadera libertad (§ 5); y, en segundo lugar, incluso en las ciudades aliadas no se iba a ver con mejores ojos a una potencia hegemónica oligárquica, siendo que los denominados καλοὶ καγαθοὶ eran tenidos en ellas por impulsores y beneficiarios de aquellas medidas aprobadas por el demos ateniense y que más perjudiciales les habían resultado¹⁷. Teniendo en cuenta que Frínico pasa por ser uno de los dirigentes más acérrimos de la oligarquía de los Cuatrocientos¹⁸, no extraña que su alocución en Samos sea objeto de continua reinterpretación. No parece, no obstante, que de las palabras de Frínico haya que extraer la conclusión de que *todavía* estaba a favor de la democracia; no es necesario pensar que los que habían sido elegidos estrategos alguna vez por el *dêmos* fueran demócratas convencidos. Para algunos, críticos seguramente con los modos de operar de la asamblea o de los tribunales, el sistema político de Atenas era el único que habían conocido y el que les permitía asumir cargos de relevancia social¹⁹. Como ocurre con Alcibíades, o con Pisandro, o con Teráme-

¹⁶ Sobre este personaje tan interesante, cf. G. Grossi, *Frinico. Tra propaganda democratica e giudizio tucidideo*, Roma 1984, p. 100, quien lo considera moderado, y H. Heftner, *Phrynichos Sratonidou Deiradiotes als Politiker und Symbolfigur der athenischen Oligarchen von 411 v. Chr.*, in U. Bultrighini (ed.), *Democrazia e antidemocrazia nel mondo greco. Atti del Convegno Internazionale di Studi (Chieti 9-11 aprile 2003)*, Alessandria 2005, pp. 92, 96, para quien era un antidemócrata convencido pero, como no creía en la posibilidad de ganar la guerra, era partidario de mantener el orden y la concordia y de llegar a un buen acuerdo con Esparta.

¹⁷ Andrewes, *HCTh* V, p. 111, y Hornblower, *CTh* III, p. 895, subrayan que esta reflexión es única, y suponen que en Atenas eran aprobados en asamblea modos para saltarse los habituales límites, la ἔγκτησις, que impedían a los extranjeros adquirir propiedades sin ser ciudadanos. Como he comentado antes la interpretación del Viejo Oligarca era diametralmente opuesta.

¹⁸ Grossi, *Frinico* cit., pp. 45-49; Heftner, *Phrynichos* cit., pp. 96-100.

¹⁹ Forrest, *Generation Gap* cit. En este punto, merece la pena comentar la tesis de un importante libro, aparecido tras la redacción del presente trabajo: Bearzot, *Come si abbate* cit., donde, desde la página 15, con frecuencia y razón, la autora califica a algunos líderes prominentes del momento como «transformistas». Mi

nes, a los que se conoce defendiendo aparentemente una cosa o la contraria, muchos fueron cambiando y clarificando sus posiciones en función de sus vivencias y de las circunstancias que se iban produciendo. Frínico que, cuando Alcibíades salió de los planes oligárquicos, se entregó decididamente a la causa (68.3), en esos momentos lo que criticaba era que los conjurados confiaran en el Rey y en Alcibíades para llevar a término sus propósitos de cambio, y que no vieran los riesgos de guerra civil. Pero sus reflexiones tienen mucha envidia y no se las puede despachar con la simple sospecha de que estaban influidas por motivos personales: si él recomendó evitar la *stásis* en general, o entre los dirigentes en concreto, y les recordó que el imperio no se mantendría unido con una dirección oligárquica mejor que con la del *dêmos* es porque su interés claro en esos momentos era no correr riesgos innecesarios, sino concentrarse en cómo gestionar la cuestión bélica. En Frínico, al menos en este trance, encontramos manifestada una postura por la que algunos líderes se decantarían en ocasiones posteriores, y que se resiste a ser interpretada exclusivamente en clave de elección ideológica, me refiero a la variable del patriotismo.

Mientras, hipotéticamente, los únicos que conocían los objetivos eran los conjurados de Samos y Alcibíades, probablemente ninguno de ellos diseñó un proyecto concreto para recambio de la democracia, ni trazaron la táctica de toma del poder. Seguramente todo esto se produjo en Atenas, especialmente a partir de la llegada de Pisandro. Eso no excluye la discusión en términos abstractos, al estilo de lo que leemos en el tratado de Pseudo Jenofonte, pues este tipo de debate con seguridad no faltó al menos desde mediados del s. V. Pero de lo que se trata ahora es de verificar la existencia de un procedimiento para hacerse con el poder y de un diseño constitucional alternativo, que habría de ser aplicado una vez derrocada la democracia. Y esto es algo que, tanto en 411²⁰ como en 404/3, constituyó una grave carencia en el movimiento antidemocrata.

III. *La oligarquía en Atenas*

Pisandro (Th. 8.53), al llegar a Atenas en su primer periplo desde Samos, se dirigió a la asamblea en términos cuidadosos que, sin embargo, no escondían las verdaderas intenciones. «Gobernarse democráticamente de otro modo» (§ 1), o «poner las magistraturas más bien en manos de pocos» (§ 3), son maneras eufemísticas.

enfoque es algo diferente, en la medida que pretende huir del esencialismo y propone ver esas mudanzas como un fenómeno regular. La ausencia de convicciones políticas arraigadas sería más general de lo que se supone habitualmente. Asimismo, mientras Bearzot concibe un *dêmos* unido y alerta en la defensa la libertad democrática (pp. 51-52), mi opinión es que el *dêmos* se dispersa fácilmente y solo alcanza cohesión cuando algún líder consigue formular bien los riesgos de la oligarquía.

²⁰ Ostwald, *From Popular Sovereignty* cit., p. 357.

Si no fuera porque, después de la escena de la asamblea, tenemos el relato de cómo el mismo Pisandro entró en contacto con las *synomosiái* a las que encargó la actividad de preparar el asalto al poder (§ 4; 65.2-5), incluso se podría pensar que en el lapso de tiempo que va desde los primeros contactos con Alcibiades a este punto, se hubiera llegado a plantear como objetivo exclusivamente el reformar la democracia con el consenso general. ¿Qué se entiende por reformar la democracia? Una posible respuesta sería, por ejemplo, dar más poderes al Consejo para controlar a la asamblea. De hecho ya los *próbouloi* (Th. 8.1.2) suponían algo parecido. Otra, limitar por renta y edad el acceso a este órgano – algo que técnicamente ya existía. Ambas soluciones permitirían mantener una asamblea democrática pero con poderes soberanos disminuidos²¹. Algunos estudiosos atribuyen a los denominados «moderados» planes de este tipo y buscan el refrendo en una fuente alternativa, la *Constitución de Atenas* aristotélica, para apuntalar la idea de que el movimiento oligárquico incluyó dos proyectos, el extremo y el moderado.

Por lo que atañe a la reacción del pueblo, o para ser más exactos, de la asamblea²² reunida en Atenas a la llegada de Pisandro, es significativo que, a pesar de

²¹ Ostwald, *From Popular Sovereignty* cit., pp. 338-341 considera que la elección de *próbouloi* en 413 es un indicio de salud democrática y de la capacidad del sistema para responder a las emergencias. Eso a pesar de Aristóteles *Rhet.* 1419a. G.E.M. de Ste. Croix, *The Constitution of the Five Thousand*, «Historia» 5 (1956), pp. 6-10, especialmente, es quien ha sostenido que el programa ‘moderado’ no abolía la participación de los *thêtes* en la asamblea. Taylor, *Implicating the Demos* cit., p. 98, critica a los que creen que Pisandro no dejó clara su intención de reformar la asamblea democrática, o que pudo ser entendido de ese modo. Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 63-67, por el contrario, cree que en la asamblea Pisandro presentó y engañó con el programa ‘moderado’, mientras que el ‘radical’ lo transmitió a las heterías. Munn, *The School of History* cit., pp. 139-145, opina que el programa de los Cinco Mil dividiría a la clase media, mientras que los enemigos de Alcibiades, Antífonte y Frínico, propiciaron un imperio que asociara ciudades oligárquicas, y luego buscaron la alianza con Esparta.

²² Aquí el término es *dêmos*, no así en 48.2-3, como ya he comentado. Cf. E. Lévy, *La prise de décision collective chez Thucydide*, in M.-J. Werlings - F. Schulz (eds.), *Débats antiques*, Paris 2011, pp. 27-36, para el uso técnico de *dêmos*, significando el cuerpo soberano reunido en la asamblea. Hornblower, *CTh* III, p. 912, citando a Erbse, asume que Tucídides resume en una asamblea lo que seguramente se debatió en varias. Cf. la reconstrucción cronológica de la salida de Pisandro de Samos, su llegada y estancia en Atenas, y las representaciones de *Lisístrata* (Leneas, febrero) y *Tesmoforias* (Dionisias, marzo), en Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 101-108; y Hornblower, *CTh* III, pp. 910-911, que sigue a Avery, contra Andrewes, *HCTh* V, pp. 186-187, y expone que Pisandro saldría de Samos algo después del cap. 48, llegando a Atenas a mediados de febrero. Por tanto, cuando se representó *Lisístrata*, no habría cambios en marcha, ni cripto-oligarcas actuando. También A.H. Sommerstein, *Aristophanes and the Events of 411*, «JHS» 97 (1977), pp. 116, 120, 122, cree que en *Lisístrata* no hay referencias al golpe en marcha porque debió de representarse justo tras la asamblea celebrada a la primera llegada de Pisandro. No opinan así H.D. Westlake, *The Lysistrata and the War*, «Phoenix» 34 (1980), pp. 48-50, pues interpreta que, en *Lisístrata*, las alusiones a las intrigas de Pisandro (vv. 489-492) o la llamada a los generales de Samos, para suprimir el movimiento revolucionario (v. 313), son una sugerencia de las maquinaciones de los líderes que, de momento, estaban libres de sospecha; y Bearzot, *Come si abbatte* cit., pp. 36, 56, pues ve alusiones a las heterías golpistas en vv. 577-578.

haber presentado el proyecto como una reforma de la democracia, se encontrara con gran oposición (Th. 8.53.2: ἀντιλεγόντων δὲ πολλῶν)²³. Tal vez la explicación del contraste entre la forma en que se manifestó el pueblo de Atenas y el silencio que adoptaron los soldados de la flota sea que, en una asamblea regular, estaban presentes los dirigentes populares, y se seguían protocolos para que estos se expresaran, algo que no sucedía entre la multitud que en Samos constituía la tripulación de la flota. En Samos no pudo celebrarse una ‘asamblea’ en puridad. No obstante, tras el griterío inicial en la asamblea de Atenas, Pisandro increpó a los opositores, probablemente a los líderes populares, uno a uno, exigiéndoles que ofrecieran una alternativa para salvar la ciudad y, ante la falta de respuesta de estos, el *dêmos* acabó cediendo, en la esperanza, tal como Pisandro sugiriera, de que más adelante se pudiera desandar lo andado (53.2-54.1). En resumen, el pueblo de Atenas, en el órgano decisorio y guiado por los jefes demócratas, manifestó mayor resistencia a los cambios que el ejército anclado en Samos. Si nos detenemos por un momento en un razonamiento muy habitual, el relativo a la composición sociológica de las masas en cada lugar – con la finalidad de valorar la aceptación de la oligarquía por los *thêtes* que integraban mayoritariamente la flota, o por los hoplitas, que seguramente estaban sobre todo en la ciudad – resulta que la débil oposición a los cambios es muy semejante en ambos lugares, pero que, mientras unos callaron ante la perspectiva de los salarios, los otros lo hicieron solo ante la aporía de la situación.

Pisandro y otros diez embajadores recibieron de la asamblea el encargo de ir a entrevistarse con Tisafernes y Alcibíades (54.2) pero, antes de partir, como he señalado, Pisandro se reunió con los miembros de las *synomosiâi* para encomendarles la tarea de derrocar la democracia (καταλύσουσι τὸν δῆμον, § 3). Desde este momento, los enemigos del poder popular seguramente actuarían de manera coordinada en Atenas, instaurando el régimen del terror que se describe más adelante (65.2-66.5); y, a la par, publicitando un programa que Tucídides creyó siempre falso²⁴ (65.3-66.1: εὐπρεπὲς πρὸς τοὺς πλείους) y que, difícilmente, podía agradar a quienes ya habían mostrado rechazo a las reformas. Este programa era el denominado de los Cinco Mil (οὔτε μεθεκτέον τῶν πραγμάτων πλέοσιν ἢ πεντακισχιλίοις)²⁵, que para

²³ Los Eumólpidas y los Céricos seguramente se oponían, exclusivamente, a que regresara Alcibíades. Pero todos recibirían con sorpresa la idea de una alianza con el Persa. Taylor, *Implicating the Demos* cit., pp. 99-100, opina que los demagogos atenienses no defendieron la democracia, porque no existían demócratas comprometidos.

²⁴ Andrewes, *HCTh* V, p. 165, cree que estas palabras significan que para Tucídides no existían ‘moderados’. Taylor, *Implicating the Demos* cit., p. 101, llama la atención sobre que el programa en sí era una oligarquía y sin embargo, estaba destinado a atraer a la mayoría. Heftner, *Der oligarchische Umsturz* cit., p. 103 y passim, atribuye a Tucídides desinterés por el programa moderado de los Cinco Mil.

²⁵ R. Brock, *Athenian Oligarchs: The Number Game*, «JHS» 109 (1989), pp. 162-163, señala que la cifra no puede corresponderse con el número de hoplitas que sería más parecido al de los 9000, que menciona el *Pro Polystrato* ([Lys.] 20.13) como efectivamente alistados.

el historiador, estaba destinado a desunir a la eventual oposición (92.11). En realidad, comenta, los que prepararon la revolución estaban decididos a ser ellos mismos quienes ejercieran el poder. En la narración de Tucídides las dos líneas de acción, la ‘constitucionalista’ y la del terror²⁶, fueron tramadas y ejecutadas por esos grupos reducidos y clandestinos, que reunían a los miembros de la elite que en esos momentos estaban decididos a acabar con la democracia.

IV. Resolución del golpe en Samos y en Atenas

El fracaso de las negociaciones con Tisafernes (Th. 8.56), no puso fin al proyecto golpista, ni mucho menos, sino que los oligarcas «decidieron prescindir de Alcibiades», seguir con su propósito ya que se sentían excesivamente involucrados, y aportar lo que fuera necesario de su peculio (εἰσφέρειν αὐτοὺς ἐκ τῶν ἰδίων οἴκων προθύμως χρήματα καὶ ἢν τι ἄλλο δέη) para la guerra, ya que su esfuerzo desembozaría en su propio beneficio (σφίσιν αὐτοῖς ταλαιπωροῦντας, 63.4; cf. 48.1). Se ha comentado numerosas veces que los conjurados de Samos eran los más dispuestos a seguir la guerra²⁷; por contra, los Cuatrocientos, nada más llegar al poder (70.2), iniciaron conversaciones con el enemigo. Por otro lado, también se ha propuesto que eran los ‘moderados’ (Trasibulo y Alcibiades, poco después) los que en Samos sostenían la opción belicista, la misma que en Atenas mantendrían los defensores del gobierno de los Cinco Mil²⁸ (Terámenes). En un primer momento, ciertamente, los de Pisandro decidieron, a pesar de la evidencia de que no obtendrían financiación persa, seguir adelante tanto con el cambio de régimen como con la guerra, e incluso «persuadir» a los principales de Samos²⁹ a instalar también en la isla una

²⁶ Cf. C. Bearzot, *Atene nel 411 e nel 404. Tecniche del colpo di Stato*, in G. Urso (ed.), *Terror et pavor. Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico*, Pisa 2006, pp. 21-31, para el terror. Taylor, *Implicating the Demos* cit., pp. 100-103, resta influencia decisiva al terror. La diferencia aludida, entre cambio legal y coacción por el terror, responde a la diversa interpretación que Aristóteles y Tucídides dan de los hechos. Discrepan sobre todo en la manera, bien ordenadamente y a través de decisiones legales o, por el contrario, mediante activismo violento, en que se habría producido el cambio. La mayor parte de los comentaristas lamenta que el historiador haya despreciado el aspecto legal. Andrewes incluso lo atribuye a la fuente, un oligarca radical, y al estado inacabado del libro VIII, una opinión actualmente no aceptada.

²⁷ Andrewes, *HCTh V*, p. 156.

²⁸ Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 77-78, 88-90, cree que es Tisafernes quien nunca quiso aliarse con los atenienses, y que los golpistas de Samos en esos momentos eran oligarcas convencidos como indica que decidieran seguir con el plan (y también con la guerra). En pp. 126 ss., 219 ss. señala, con razón, la diferencia entre los que quieren seguir la guerra, los de Samos, y los que prefieren negociar con Esparta, Antifonte, Frínico, etcétera. Entonces llama moderados a los que habían negociado con Alcibiades, pero no se trata ya de Pisandro, sino de Trasibulo, Trasilo, León y Diomedonte.

²⁹ Que no hacía mucho habían evitado una oligarquía. Cf. Hornblower, *CTh III*, pp. 939-940, para la acertada lectura de ἵνα μὴ ὀλιγαρχῶνται.

oligarquía. Lo cierto es que existían diferencias acerca de la política bélica, así como de la posibilidad de llegar, bien a un pacto económico con Persia, bien a un acuerdo político con Esparta; pero está menos claro que esas diferencias tuvieran que ver con aspectos ideológicos. En todo caso, los conjurados en Samos decidieron que Pisandro y la mitad de la delegación se dirigieran a Atenas para que ayudaran a los de allí a culminar el cambio político (64.1). Podría decirse que, en este punto cronológico, la iniciativa oligárquica estaba aún en Samos; o así lo creían los generales de la flota, si bien sus afines en la ciudad habían avanzado mucho en la ausencia de Pisandro.

Cuando Pisandro llegó a la ciudad, en la primavera³⁰, el trabajo sucio había sido realizado por los grupos clandestinos. Se habían producido algunos asesinatos, había temor y desconfianza, la gente no se atrevía a hablar, y las asambleas y el Consejo estaban copados por los golpistas³¹. Uno de los motivos de desconcierto de la población, al parecer, era comprobar que individuos que habían parecido otrora fervientes demócratas, defendían ahora los cambios de signo oligárquico, fueran estos los que fuesen. Entre estos líderes, Lisias (25.9) menciona a Frínico y Pisandro. Anócides (1.27 y 43) confirma que el último estuvo entre los más enérgicos investigadores de los sacrilegios del 415 – en los que se vio implicado Alcibíades –, junto con Androcles (§ 27), quien, por ese motivo, fue una de las víctimas de la venganza de los *synómotai* en el invierno de 411. El relato de Tucídides no abunda en detalles sobre los activistas ideológicos y/o violentos. Señala a los jóvenes, tal vez en el sentido de revolucionarios (8.69.4)³², como ejecutores de actos de terrorismo selectivo contra miembros de la dirección del *dêmos*. Tucídides solo especifica a cuatro cabezallas (68): de Pisandro y Frínico ya he comentado lo más destacable de su involucramiento en la preparación de la oligarquía cuando formaban parte de la flota. Pero Frínico fue luego, en la época de la primera estancia de Pisandro, destituido por la asamblea ateniense al ser denunciado por sus intentos ante Astíoco. De regreso a Atenas, desconocemos si solo se implicó definitivamente en la conjura cuando tuvo noticia de que Alcibíades y su plan habían quedado fuera del complot. Pero, en ese caso, sorprendería que no hubiera sido condenado en un juicio popular inmediatamente, lo que solo se explica por las circunstancias especiales de terror que paralizaban al pueblo; y especialmente si los conjurados decidieron que les era más útil

³⁰ Las dos comedias aristofánicas del 411 son *Lisístrata* y *Tesmoforias*, pero en la primera, de febrero, no habría todavía ecos del golpismo; y en la segunda, de abril, encontraríamos referencias concretas al ambiente de terror y advertencias veladas contra los cambios (cf. vv. 361-362; 1143-1146). Entre ambas se habría producido la campaña de terror y de propaganda. Cf. Sommerstein, *Aristophanes* cit.; Andrewes, *HCTh* V, pp. 185-193; Hornblower, *CTh* III, pp. 910-911.

³¹ Bearzot, *Tecnica del colpo di Stato* cit., p. 26; y *Come si abbatte* cit., pp. 58-59 y *passim* describe un proceso de infiltración de los golpistas en las instituciones y de una manipulación de la deliberación y los procesos electorales.

³² cf. Andrewes, *HCTh* V, pp. 180-181; Hornblower, *CTh* III, p. 943.

como aliado. Con todo, hay que dudar de que haya depositado alguna esperanza en la realización del plan inicial y, por ende, haya tenido que ver algo con el asesinato de Androcles (65.2). Además de los anteriores, Tucídides concede especial relevancia en los hechos a la participación de dos personajes a los que califica de inteligentes y hábiles en el uso de la palabra, Antifonte y Terámenes (68.1-2,4), los cuales no estuvieron en Samos en ningún momento, ni hablaron con Alcibíades. Del primero, dice que fue quien lo planeó todo³³, una expresión excesivamente vaga, e inverosímil si se toma al pie de la letra, pues nadie cree que fuera el único responsable de todos los acontecimientos; de hecho, Tucídides mismo reconoce que el origen del movimiento estuvo en Samos. Plutarco (*Alc.* 3.1) recoge la noticia de que escribió un libelo contra Alcibíades por lo que tampoco parece el tipo de persona dispuesta a confiar en el Alcmeónida. Ayudaba a los suyos preparando discursos para los juicios, y seguramente las asambleas, pero no fue nunca un hombre popular. En 411 era ya mayor, pues rondaba los setenta años, y no huyó de Atenas a la caída del sistema oligárquico, como muchos otros (Th. 8.98.2), sino que se sometió a un juicio por traición y sufrió la condena capital junto a Arqueptólemo, otro de los Cuatrocientos ([Plu.] *Mor.* 333d-834b)³⁴. Finalmente, de Terámenes afirma que tuvo un papel principal en la revolución, lo que no puede ser una referencia a su destacado protagonismo en el final de los Cuatrocientos, sino al menos conocido de su participación en la instauración (cf. Lys. 12.65). Terámenes era hijo de un hombre próximo a Pericles, Hagnón (Plu. *Per.* 32.4), del que destaca su pertenencia al colegio de diez *próbouloi* nombrados en 413 (Lys. 12.65). Es bien conocida su sorprendente transformación de oligarca a acusador de oligarcas (§ 67). A lo largo del relato tucídideo, aparecen otros personajes relevantes como Aristócrates (Th. 8.89.2; Lys. 12.66) quien, como taxiarco, puede haber sido el primero de los oligarcas en tomar posición contra los Cuatrocientos; o Alexicles (92.4), estratega bajo los Cuatrocientos.

³³ Sigue siendo tema de debate la identidad del Antifonte sofista con el Antifonte rétor (cf. M. Gagarin, *Antiphon the Athenian. Oratory, Law, and Justice in the Age of the Sophists*, Austin 2002, pp. 170 ss., a favor; G.J. Pendrick [ed.]: *Antiphon the Sophist, The Fragments*, Cambridge 2002, pp. 1-26, en contra). La coincidencia en un solo individuo de los rasgos del sofista y el rétor daría profundidad a la frase de Tucídides, en el sentido de que Antifonte pudiera ser considerado un ideólogo del movimiento.

³⁴ Lo que Tucídides admiró de este juicio fue la manera en que Antifonte se defendió. El decreto de arresto y juicio contra Arqueptólemo, Onomacles y Antifonte lo redactó Andrón, que podría ser uno de los Cuatrocientos (Harpokr., s.v. Ἀνδρῶν), o el padre del orador Androción, si es que son dos personajes distintos, como sostiene G. Pesely, *Andron and the Four Hundred*, «ICS» 20 (1995), pp. 65-75. Conocemos un fragmento del texto de la defensa (Frg. III Gernet), del que se deduce que Antifonte aprovechó la ocasión para sustentar toda su carrera, ya que es lógico pensar que la disposición extendida entre los jueces era la de condenarlo por oligarca. Por eso muchos deducen que la vista no se produciría en plena democracia, sino bajo los Cinco Mil, a pesar de los términos de Tucídides (ὑπὸ τοῦ δήμου). Otros oligarcas nunca fueron juzgados por el dêmos. Cf. Gagarin, *Antiphon* cit., pp. 161-164, y M.J. Edwards, *Antiphon the Revolutionary*, in D.L. Cairns - R.A. Knox (eds.), *Law, Rhetoric, and Comedy in Classical Athens. Essays in Honor of Douglas M. MacDowell*, Swansea 2004, pp. 80-82, que argumenta sobre la complejidad de la formación oligarca.

tos y uno de los más recalcitrantes enemigos de la democracia junto a Aristarco (90.1), Pisandro, Frínico y Antifonte. Aristóteles y Melantio son citados por Terámenes en su discurso de defensa como los defensores de la construcción en Eetionea (X. *Hell.* 2.3.46), el primero fue uno de los Treinta (§ 2).

A partir de los momentos inmediatamente anteriores a la última etapa golpista, los relatos de Tucídides y Pseudo Aristóteles se solapan o complementan³⁵. El primero, en efecto, describe la antesala de los cambios como una preparación psicológica del pueblo: campaña publicitaria, terror selectivo, preparación y control de asambleas y, tal vez, también de tribunales. A todo eso se une la previsión del uso de la fuerza, pues Pisandro llevó a Atenas, como refuerzo de la causa oligárquica, a hoplitas de Andros, Tenos, Caristos y (atenienses de) Egina (8.65.1; 69.3), de modo parecido a cómo en 404/3 los Treinta iban a pedir a Esparta una guardia armada. Para el autor de la *Constitución de Atenas*, simplemente, tras la derrota de Sicilia, ante la penuria económica, se hicieron cambios en la constitución para lograr la amistad del Rey (29.1). Esos cambios se describen como producto de acuerdos legales³⁶. No entraré en los detalles acerca de si Pitodoro³⁷ o Melobio no son citados por Tucídides, ni siquiera en la discusión entre si solo eran diez los *próbouloi* (Th. 8.67.1) o eran veinte (si se suman los diez *syngrapheís* nuevos a los existentes *próbouloi*); o si la fuente de *Athenaíon Politeía* (Androción, en Harpkr., s.v. συγγραφεῖς) está en lo correcto, al sostener que fueron treinta los ‘redactores’, ya que a los iniciales diez se añadieron otros veinte mayores de cuarenta años. Es realmente un detalle que interesa menos para el asunto que nos ocupa. Tampoco me detendré mucho en la discusión sobre el número y orden de las asambleas³⁸. En la definitiva, la de Colono, que por razones quizás más simbólicas que de otro tipo, se celebró fuera del lugar tradicional – en el santuario del Posidón³⁹ patrono de la caballería, sin que se tratara de una ubicación que entrañara peligro real para los ciudadanos no armados⁴⁰ – es donde quedó definitivamente abolido el antiguo régimen, aprovechando la medida introducida por los «redactores» (οἱ συγγραφεῖς) de prohibir las demandas por ilegalidad (Th. 8.67.2; *Ath. Pol.* 29.4). Pero, mientras Tucídides resume y generaliza mucho las decisiones institucionales (abolición de las *archai* anteriores y de [todos] los sueldos) y explica que, en suma, en la misma

³⁵ Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 114-116, cree que Tucídides desconoce una realidad evidente en la *Constitución de Atenas*, que en 411 existía en Atenas una gran expectativa hacia el ‘gobierno hoplítico’ como se deduciría de la idealización contemporánea de los *mésoi*.

³⁶ Sin embargo, Aristóteles (*Pol.* 1304b.10-15) no desconocía que los Cuatrocientos habían engañado acerca del dinero para hacerse con el poder.

³⁷ Andrewes, *HCTh* V, p. 213: uno de los Cuatrocientos y de los Treinta.

³⁸ Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 142-143.

³⁹ J.L. Shear, *Polis and Revolution. Responding to Oligarchy in Classical Athens*, Cambridge 2011, pp. 38-40, comenta que la reunión en el santuario de Posidón *Hippios* contrasta con las asambleas del Pnyx donde es abolida la oligarquía.

⁴⁰ Hornblower, *CTh* III, p. 949.

asamblea fueron seleccionados por cooptación los Cuatrocientos (8.67.3), a los que se les dio la potestad de convocar a los Cinco Mil cuando les pareciera oportuno, el autor anónimo de la *Constitución* (29.5), seguramente porque tenía ante sí información de detalle relativa a propuestas concretas con los nombres de sus proponentes, habla del acuerdo de mantener arcontes y prítanos con sueldo, y de traspasar el resto de la *politeía* a los cinco mil⁴¹ más capaces con sus personas y recursos (τοῖς δυνατωτάτοις καὶ τοῖς σώμασιν καὶ τοῖς χρήμασιν; cf. Th. 8.65.3). Estos cinco mil elegirían posteriormente a cien *anagraphéis*⁴² para elaborar una constitución.

El elemento más relevante de las diferencias entre ambas fuentes son los textos de las ‘constituciones’ para el futuro y para el presente que recoge la *Constitución de Atenas* en los capítulos 30 y 31. Los intentos de argumentar que el capítulo 30 constituye el plan ‘moderado’ para llevar a la práctica el poder de los Cinco Mil han resultado escasamente convincentes. El contenido del mismo no recoge explícitamente el propósito, aparentemente acordado [en Colono] (29.5), de que cinco mil ciudadanos administraran «el resto» de la *politeía*⁴³, a saber, lo no encomendado

⁴¹ Para algunos intérpretes la «constitución para el futuro» de *Ath. Pol.* 30 se correspondería con el gobierno de los Cinco Mil. Rhodes, *CAP*, pp. 380, 382, 387, opina que los textos de las dos ‘constituciones’ en los cap. 30 y 31 son incompletos. Y que Tucídides optaría por omitir el nombramiento de los Cinco Mil, mientras *Ath. Pol.* haría lo propio con el de los Cuatrocientos. Para Rhodes, en Colono se decidiría establecer «a residual assembly» de los Cinco Mil, también serían elegidos los *katalogeís* para hacer la lista, y los *anagraphéis* para pergeñar la constitución. Por otra parte, cree que [Lysias] *Pro Polystrato* 13 y 16, confirmaría que «a resolution was adopted at this time [Colono]» sobre la creación de los Cinco Mil. Para Hefner, *Die Rede für Polystratos ([Lysias] XX) als Zeugnis für oligarchischen Umsturz von 411 v. Chr.*, «Klio» 81 (1999), pp. 82-87; y *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 147 ss., donde trata de compatibilizar los tres textos, el gobierno de los Cinco Mil habría sido votado en una asamblea antes de la de Colono. Polistrato y los otros *katalogeís* habrían inflado tanto la lista que los oligarcas forzarían un recorte, aunque tal como quiere Pseudo Aristóteles, el número de cinco mil constituiría un mínimo. Y, en Colono, Pisandro propondría establecer a los Cuatrocientos. Por el contrario, para Ostwald, *From Popular Sovereignty* cit., pp. 380-399, los Cinco Mil no existieron, y la «constitución para el futuro» nunca se hizo efectiva; y para Munn, *The School of History* cit., pp. 146 ss., tampoco existieron nunca los Cinco Mil, pero sí el ideal de un sistema hoplítico defendido en Atenas durante el gobierno de los Cuatrocientos, y que triunfaría tras la caída de Eubea. Shear, *Polis and Revolution* cit., pp. 45-49, añade la constitución de Dracón (*Ath. Pol.* 9) y considera que ninguna de las tres es real y todas surgen de las heterías con las que Pisandro entró en contacto.

⁴² E. Volonaki, *The Re-publication of the Athenian Laws in the Last Decade of the Fifth-Century*, «Dike» 4 (2001), pp. 137-167, razona sobre el margen de la actividad de los ‘transcriptores’ legales.

⁴³ Porque las cuatro *Boulai* de la «constitución para el futuro» teóricamente distribuirían a los Cinco Mil y gobernarían por turno (*Ath. Pol.* 30.3 y Rhodes *CAP*, p. 393) pero el texto ni menciona a los Cinco Mil. El mismo Rhodes califica ese capítulo de esbozo teórico nunca llevado a la práctica (*CAP*, pp. 388-389). No lo ve así Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., p. 186, aunque también cree que no se aplicaría textualmente. F. Ruzé, *Les oligarques et leurs constitutions dans l'Athénaïon Politeia*, in M. Piérart, (ed.), *Aristote et Athènes*, Paris 1993, pp. 197-201, subraya que esta «constitución» no prevé una asamblea de los Cinco Mil, y no se parece a la constitución beocia del s. IV. Sería un programa oligárquico que no respondía a ninguna expectativa ‘moderada’, salido de la discusión de los oligarcas de la época que solo llevaron a la práctica la «constitución para el presente».

a arcontes y prítanos, dejándoles especialmente la capacidad de establecer alianzas. El prejuicio, compartido por muchos intérpretes, de que dos proyectos concretos e incompatibles convivían en los planes de los agitadores de 411, hasta el fracaso de la oligarquía en Samos, va unido en ocasiones a la suposición de que los hoplitas de Atenas estaban a favor de esta oligarquía ‘moderada’ o democracia ‘no radical’. Y es el texto aristotélico el mejor soporte de esa reconstrucción, pues Tucídides deja claro que los ciudadanos – y recuérdese que la mayoría de los presentes en Atenas serían miembros del grupo de los zeugitas – no deseaban ni siquiera reformar la democracia. Es justamente esa postura reacia a las modificaciones la que explica el recurso al terrorismo y a la propaganda falaz y, también, la presencia de refuerzos armados. Y así lo reconoce explícitamente Tucídides: era difícil arrebatar la libertad al pueblo (δῆμον) de Atenas, el cual disfrutaba de ella hacía un siglo (8.68.4). Si, como he ido comentando, los ‘hoplitas’ atenienses hubieran sido activamente favorables a algún cambio, seguramente nada de lo anterior hubiera sido necesario⁴⁴. Y lo que menos se entiende es que los dirigentes ‘moderados’ hubieran actuado junto a los oligarcas ‘extremistas’ hasta conocer que en Samos no había triunfado la oligarquía⁴⁵. En suma, los hoplitas de Atenas no aspiraban a implantar una oligarquía por muy ‘moderada’ que esta fuese: el anhelo del Viejo Oligarca de establecer una *politeía* basada en una alianza de los ricos y ciertas clases medias tampoco se había cumplido en 411.

Porque, efectivamente, la acción conjunta de Trasibulo, Trasilo⁴⁶ y de los dos estrategos León y Diomedonte (Th. 8.73.4), en apoyo del *dêmos* samio, abortó el triunfo de la revolución oligárquica en la isla y en la flota ateniense, aproximadamente en el momento en el que los Cuatrocientos se instalaban en el Buleuterion de Atenas (§ 1). Los dos primeros personajes estaban en Samos cuando se fraguó el golpe de estado, además Trasibulo era trierarco con lo que no cabe mucha duda de que tenía información detallada de lo que se preparaba y de quiénes estaban a favor; conocimiento que seguramente compartió con sus afines, aunque todos permanecieron inactivos a la espera del momento oportuno. De los estrategos mencionados, que habían sustituido a Frínico y Escirónides (54.3), dice Tucídides que «no eran favorables a la oligarquía puesto que ellos eran honrados por el *dêmos*» (73.4), co-

⁴⁴ Seguramente Munn, *The School of History* cit., pp. 146-150, es el ejemplo más claro de insistencia en el carácter hoplítico de la revolución que pone fin a los Cuatrocientos y de la constitución que le seguiría. Sin embargo, este estudioso insiste en el borrado de la línea divisoria entre *thêtes* y hoplitas (cf. 100-101).

⁴⁵ Bearzot, *Come si abbatte* cit., pp. 29-30 y 46-51, afirma que los oligarcas que inician negociaciones con Esparta lo hacen solo al darse cuenta de que algunos de sus colegas (Terámenes y Aristócrates) estaban dispuestos a llegar a acuerdos con el *dêmos* y Alcibiades. La autora no los califica de extremistas y moderados respectivamente sino que, por el contrario, denuncia a Terámenes como oportunista.

⁴⁶ Tras el triunfo democrático en la flota, ambos fueron «irregularmente» nombrados estrategos por esta (Th. 8.75.2).

mentario muy propio de nuestro historiador quien, como he señalado, suele encontrar razones de índole personal para explicar la ubicación política de los dirigentes en las luchas civiles (2.65.7; 3.82.8). Esta observación es del tipo de la que Frínico hizo sobre Alcibiádes: que no estaba interesado por el sistema de gobierno sino por volver a la ciudad apoyado en sus compañeros (8.48.4; cf. 6.15.2). Y también es semejante al comentario vertido sobre Terámenes y otros oligarcas quienes, al conocer la situación del *dêmos* y Alcibiádes en Samos, querían ya desvincularse de la política oligárquica; para Tucídides, lo que movía a cada uno de ellos era la aspiración de convertirse en el primero entre los dirigentes del pueblo (8.89.4: ἕκαστος αὐτὸς πρῶτος προστάτης τοῦ δήμου γενέσθαι).

Sin descartar que algunos personajes fueran convencidos demócratas (tal vez Trasibulo y Trasilo) y otros pocos, fervientes oligarcas (Antifonte, Aristarco, Alexicles y Frínico son mencionados como tales por el historiador), está claro que en los momentos críticos muchos miembros de la elite política cambiaban inesperadamente sus afinidades, y que haber servido al *dêmos* en cualquier cargo electivo no es prueba de profundas convicciones democráticas. La democracia y el imperio habían estado tan unidas durante más de medio siglo, y habían deparado tantas posibilidades de enriquecimiento y prestigio a los más poderosos que no era extraño que los miembros de la elite estuvieran dispuestos a competir democráticamente por la *strategía*, y a servir a la ciudad y al *dêmos* como trierarcos, embajadores, *próbuloi*, etcétera. La indefinición en la que se encuentra la historiografía contemporánea a la hora de clasificar a ciertos líderes políticos es la que se deduce de los textos. Conocemos, al menos, cuatro personajes de relieve⁴⁷ que fueron miembros de los Cuatrocientos, o que estuvieron muy implicados en ese régimen, y que no huyeron de la ciudad sino que intentaron, y a veces consiguieron, reintegrarse en la democracia. Terámenes y Aristócrates, los que desde dentro del régimen – el uno estratego, el otro taxiarco – iniciaron su caída, fueron estrategos en la fase ulterior; Andrón, aliado de Terámenes, fue quien presentó la demanda por traición contra Arqueptólemo, Onomacles y Antifonte, a causa de la última embajada que los Cuatrocientos enviaron a Esparta ([Plu.] *Mor.* 833ef; Harpokr. *s.v.* Ἄνδρων); Polistrato, sometido al menos a dos juicios tras la abolición de la oligarquía, es defendido en el segundo

⁴⁷ Frente a la opinión de G. Adeleye, *Critias: From 'Moderation' to 'Radicalism'*, «Mus. Afr.» 6 (1977/78), p. 65, no es probable que Critias, promotor de juicio póstumo a Frínico (Lyk. 1.113), perteneciera a los Cuatrocientos (a pesar de [Demosth.] 48.67). M.C. Avery, *Critias and the Four Hundred*, «CIPh» 78 (1963), p. 165, resta validez del testimonio de Pseudo Demóstenes y, en consecuencia, no cree que Critias fuera un oligarca en 411, sino que en su opinión actuaría a favor del acuerdo entre las partes tras la caída de los Cuatrocientos. U. Bultrighini, «Maledetta democrazia». *Studi su Crizia*, Alessandria 1999, pp. 191, 216, tampoco considera fidedigno el testimonio de Pseudo Demóstenes y, como considera que Critias fue coherente todo el tiempo, interpreta el asunto de Frínico como un gesto hacia Alcibiádes, con intención de ganarlo para la revolución oligárquica.

por uno de sus hijos el cual afirma que aquél fue nominado para formar parte de los Cuatrocientos por los de su tribu ([Lys.] 20.2), implicando con ello que era un personaje popular. Y afirma que nunca buscó la oligarquía (§§ 8; 19).

La argumentación del discurso *A favor de Polistrato* ([Lys.] 20), fechado poco después de la caída de los Cuatrocientos, se basa en asociar al demandado con otros miembros supuestamente inocuos de aquella oligarquía pues, afirma, muchos integrantes del Consejo de los Cuatrocientos (14-15) permanecieron hasta el final en la ciudad y, sin embargo, no habían sufrido ninguna persecución. El defensor de Polistrato sostiene que no todos los integrantes de aquel Consejo conspiraron contra la democracia (§ 1) lo que, en cierto modo, se corresponde con lo que Tucídides comenta a tenor de la preparación de la conjura: que «iban a tener el control de la ciudad los que efectuaban los cambios» (8.66.1) y, seguramente, no se refiere a una cifra tan elevada como cuatrocientos, por lo que también explica que el *dêmos*, desorientado, creía que había más conjurados de los que en realidad eran (§ 3)⁴⁸. No podemos olvidar que según un pasaje de la *Retórica* de Aristóteles (1419a.26-31), el mismo Sófocles, en su calidad de *prôboulos*, fue recriminado por Pisandro por haber apoyado el cambio, y que él se habría defendido alegando que no había otra alternativa. Esto nos lleva de nuevo a la idea de la táctica del engaño acerca de la necesidad de hacer cambios para ganar la guerra, cuando quizás ya se estaba pensando en alguna forma de pacto con Esparta⁴⁹.

En suma, tal vez un número elevado de los integrantes de la primera oligarquía, aun no habiendo opuesto resistencia a ciertos cambios como reducción del gasto en sueldos políticos y corrección de ciertos 'excesos' de la soberanía popular, no solo no serían decididos partidarios de una oligarquía de verdad, sino tampoco de iniciar negociaciones con Esparta, y quizás lo que más influyera en su oposición final al régimen fuera el rechazo del uso de la violencia y el terror para conseguir los objetivos políticos, así como la inevitable guerra entre ciudad y flota. Su complicidad con el régimen sería relativa y no se distinguirían como asesinos o fanáticos ene-

⁴⁸ También Heftner, *Rede für Polystratos* cit., pp. 88-89, basa su reconstrucción del golpe de estado en fases en el hecho de que Tucídides cree que son pocos los implicados.

⁴⁹ M.H. Jameson, *Sophocles and the Four Hundred*, «Historia» 20 (1971), pp. 560-562, subraya que los *prôbouloi* habían sido nombrados para afrontar los graves problemas financieros tras la derrota de 413, que eran hombres de edad, pragmáticos más que dogmáticos. Su papel se limitaría a presentar la propuesta de abolición de la *graphê paranómōn*. Igual que ellos, muchos se sentirían constreñidos por razones de patriotismo, a hacer un cambio temporal en la constitución. Para Jameson, la escena que recoge Aristóteles pertenecería al juicio de Pisandro en democracia. H. Heftner, *Oligarchen, Mesoi, Autokraten: Bemerkungen zur anti-demokratischen Bewegung des späten 5 Jh. V. Chr. In Athen*, «Chiron» 33 (2003), p. 18 señala que, en 411, el descrédito del sistema democrático unió en la vía de la revolución a elementos sociales diversos sin un proyecto político claro. Bearzot, *Come si abbate* cit., pp. 63-70, analiza las maniobras retóricas de los oligarcas al presentar su plan como una continuación o recuperación del pasado, y asimismo como una necesidad dictada por la emergencia bélica. Ambos temas serían reinterpretados en clave democrática desde Samos (cf. pp. 79 y 186).

migos del *dêmos*. Aunque, como grupo, los integrantes de los Cuatrocientos hubieran quedado estigmatizados, individualmente, algunos no tuvieron problemas en reintegrarse a la vida pública en la democracia, y otros, al menos, en permanecer en la ciudad sin correr riesgos.

Cuando los Cuatrocientos se instalaron en el poder el 22 de targelión⁵⁰, a principios del verano de 411, enviaron embajadores a Samos para comunicar al ejército (τὸ στρατόπεδον) que la revolución había triunfado en Atenas (Th. 8.72.1). Esta embajada salió justo tras la instalación del nuevo Consejo (§ 2) y con instrucciones detalladas sobre lo que tenían que decir o callar, pues los Cuatrocientos temían el rechazo que la oligarquía generaría en la masa náutica (ναυτικὸς ὄχλος). Se trataba lisa y llanamente de engañar a los de allí, de sostener que eran los Cinco Mil los que gobernaban (πεντακισχίλιοι... πρᾶσσοντες) y no sólo los Cuatrocientos (§ 1). Mientras, los demócratas de Samos y la flota de Atenas, que ya habían evitado el triunfo de la oligarquía, enviaban a su vez a la ciudad otra embajada a bordo de la Páralos, con Quereas al frente (74). Esta llegó a Atenas antes que la de los Cuatrocientos a Samos, ya que la última hizo escala en Delos (77). Cuando la Páralos atracó en el Pireo, los Cuatrocientos se dieron prisa en detener a unos pocos, y reenviar al resto a Eubea. Quereas, se apercibió de la situación y logró regresar a Samos para alertar a los atenienses de la flota. Según Tucídides, su descripción de la situación en la ciudad era alarmista y no verídica (καὶ ἄλλα πολλὰ ἐπικαταψευδόμενος ἔλεγεν, 74.3) pues las ejecuciones realizadas por los Cuatrocientos eran escasas (ἄνδρας τινὰς ἀπέκτειναν οὐ πολλοὺς, 70.2). Con seguridad, Quereas buscaba desencadenar una reacción impetuosa como la que, en principio, tuvieron los soldados, la de linchar a los responsables de la oligarquía y a sus colaboradores (τοὺς μετασχόντας), pero algunos se interpusieron (ὕπὸ τῶν διὰ μέσου) ⁵¹ evitando tal vez el inicio de un baño de sangre (75.1). Estos hechos convencieron a los dos líderes democráticos, Trasilulo y Trasilo, de la oportunidad de hacer jurar a todos, especialmente a los implicados en la oligarquía (τοὺς ἐκ τῆς ὀλιγαρχίας), el compromiso de mantenerse leales a la democracia y conservar entre ellos la concordia (ὁμονοήσειν, § 2).

⁵⁰ Cf. Heftner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 104 ss. para la confrontación de las fuentes: Tucídides, *Constitución de Atenas*, y [Lys.] *Pro Polystrato* (20.2 y 13 ss.). Para este autor, hubo una asamblea en la que se decidió crear a los Cinco Mil (*Ath. Pol.* 29.2,4; 30.1; [Lys.] 20.2), y la de Colono (Th. 8.67; [Lys.] 20.13), que tomaría la resolución relativa a los Cuatrocientos. Pisandro llegaría en abril/mayo a Atenas, la asamblea de Colono se produciría entre el 11 y el 14 targelión, a principios de junio, y la entrada en el Buleterion, un par de días después.

⁵¹ J. de Romilly, *Les classes moyennes à Athènes*, «REG» 100 (1987), p. 8, reconoce que la expresión refleja una actitud moral y cívica.

V. *Final de la oligarquía*

Hasta este punto del relato tucidídeo nada haría pensar que en la flota hubiera sino, por un lado, cabecillas oligarcas – a los que no se menciona por su nombre, pero que serían estrategos y trierarcos – y sus colaboradores, y por otro, la masa naval y líderes demócratas. Los que se colocan en medio no lo hacen porque su opción política sea una tercera y distinta a las anteriores, sino porque apuestan por la reunificación ciudadana, y por evitar la *stásis*; desconocemos a qué grupo(s) social(es) pertenecen, pero eran pocos y con ideas claras. Y en la flota, concretamente, los que así pensaban debían evitar a toda costa que la masa forzara la invasión de Atenas. Las asambleas irregulares⁵², celebradas allí a causa de la ruptura con la ciudad, (ἐκκλησίαν... οἱ στρατιωτῶται⁵³, 76.2; ἀπ' ἐκκλησίας... τὸ πλῆθος τῶν στρατιωτῶν, Th. 8.81.1; cf. 82.3; 86.1) sirvieron a ese fin. De hecho son las asambleas las que dan voz al pueblo, y planifican su acción. En una de ellas, Trasibulo convenció a los soldados para que aprobaran la repatriación de Alcibíades, un hecho sorprendente pues, al parecer, todavía confiaban en que les trajera el apoyo económico de Tisafernes. Al margen de esta cuestión, la presencia del Alcmeónida fue decisiva de cara a evitar la invasión del Pireo (82.1). Cuando llegaron los emisarios de los Cuatrocientos, los soldados seguían mostrándose dispuestos a matar a los representantes de los oligarcas (§ 2) y, a pesar de cuanto estos dijeron o mintieron⁵⁴, no conseguían calmar los ánimos de los que gritaban que había que dirigir las naves hacia el Pireo y liberar la ciudad de sus nuevos señores. Alcibíades entonces, según palabras de Tucídides, hizo el mayor servicio a su polis y, algo que ningún otro hubiera sido capaz de realizar, contuvo a la masa y evitó, así, que el enemigo se apoderara fácilmente de Jonia y el Helesponto (§§ 4-5). Alcibíades respondió a la embajada que él no se oponía a que los Cinco Mil gobernaran, pero que debían abolir el Consejo de los Cuatrocientos y reinstaurar el antiguo Consejo de los Quinientos. Y que aprobaba las restricciones económicas que desembocaran en una mejor provisión del ejército (§ 6), añadido que seguramente gustó a los marinos.

Los soldados de la flota se mostraban agresivos hacia los que habían derrocado la democracia (τὸν δῆμον καταλύοντας, 86.1), por lo que no parece que sus líderes,

⁵² M. Sordi, *Trasibulo e la controrivoluzione di Samo: l'assemblea del popolo in armi come forma di opposizione*, in Ead. (ed.), *L'opposizione nel mondo antico*, Milano 2000, p. 104.

⁵³ Mientras en Atenas las asambleas reúnen al *dèmos*, en Samos siempre emplea Tucídides el término *stratiôtai* para referirse a los asistentes.

⁵⁴ Cuando llegaron a Samos, los emisarios de los Cuatrocientos estaban ya enterados del escarceo de Agis ante las murallas de Atenas (8.71), el cual según Tucídides fue rechazado por las fuerzas de la ciudad (§ 2). Los embajadores, sin embargo, afirman que si hubiera sido su plan entregar la ciudad, los Cuatrocientos habrían podido hacerlo en aquel momento. También dicen que los Cinco Mil tendrían participación en los asuntos políticos por turno (ἐν τῷ μέρει μεθέξουσιν, 86.3), que no es lo que se les había encomendado en 72.1. ¿Qué valor tenía esta promesa? ¿Estaba basada en algún plan real o ficticio? ¿O solo en la propaganda?

especialmente Trasibulo y Trasilo, representarían la defensa de un recorte tan severo de la democracia como reducir a cinco mil los ciudadanos con derecho a la participación política. Cuando los soldados oyeron las explicaciones de los embajadores de la oligarquía, que decían que los Cinco Mil iban a tener posibilidad de participar por turno⁵⁵, como es lógico no por ello se calmaron o persuadieron. Convocados a las asambleas, los marinos no mantenían el silencio, se oponían ruidosamente a los cambios y clamaban por la vuelta a la antigua ordenación (πατριῶν νόμοι⁵⁶, 76.6). Alcibíades exigió la reinstauración del Consejo tradicional, es decir un Consejo renovado anualmente por sorteo entre los ciudadanos de las tres primeras clases y que preparaba las asambleas. ¿Qué quería significar cuando afirmó que no se oponía a los Cinco Mil? Más importante era la invitación que hacía a la resistencia ante el enemigo y a la reconciliación entre los ciudadanos (86.7; 89.1).

Los delegados de los Cuatrocientos, de regreso a Atenas, comunicaron lo ocurrido y, claro, también las palabras de Alcibíades. Todo esto aceleró la descomposición de la oligarquía en la que ya hacía mella el descontento de muchos de sus integrantes más eminentes; entre ellos Terámenes y Aristócrates (89.1-2; 91.2). Una vez más, Tucídides no considera que las razones ideológicas sean más decisivas que los motivos personales; y, en consecuencia, hace hincapié en el temor al ejército y, especialmente, a Alcibíades (89.2,4), pero también en las ambiciones particulares de los mencionados políticos (§§ 3-4). Influyó, por supuesto, la desconfianza por lo que pudieran negociar en Esparta los representantes de los oligarcas⁵⁷, no fuera que, sin tener en cuenta a la mayoría, causaran algún daño a la ciudad (ἄνευ τῶν πλείονων κακὸν δράσωσι τὴν πόλιν, § 2; cf. 91.1)⁵⁸. Esta consideración remite a un extremo cuyo peso podría explicar las disensiones dentro de la cúpula dirigente. El plan ini-

⁵⁵ Andrewes, *HCTh V*, p. 285, relaciona esta afirmación con la oferta de los Cuatrocientos en 93.2: que los Cinco Mil por turno participarán en el Consejo de los Cuatrocientos. Pero eso no equivale a que los Cinco Mil fueran soberanos de establecer la política internacional (*Ath. Pol.* 29.5). Hefner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 184-186, sostiene que las dos propuestas oligárquicas en Th. 8.86.3 y 93.2 demostrarían que la «constitución para el futuro» (las cuatro *Boulai* de *Ath. Pol.* 30.3) era conocida por los Cuatrocientos, si bien este estudioso cree que solo se implementó tras la caída de los Cuatrocientos.

⁵⁶ Es la primera y última vez que esta expresión u otras parecidas (*pátrios politeía, tà pátria*) aparece en Tucídides. Sobre el peso de la *Constitución de los Atenienses* aristotélica en la creación del mito moderno que identifica la *pátrios politeía* con la 'constitución de los Cinco Mil', cf. L. Sancho Rocher, *Athenaion Politeia 34, 3: About Oligarchs, Democrats and Moderates in the Late Fifth Century B.C.*, «*Polis (The Journal of the Society for Greek Political Thought)*» 24 (2007), pp. 298-327.

⁵⁷ Seguramente se trata de la embajada mencionada en 90.2 en la que participaban Antifonte y Frínico, según Tucídides, con otros diez. De la acusación de Andrón ([Plu.] *Moral.* 833ef) a la caída de los Cuatrocientos deducimos que, además, estaban Arqueptótelos y Onomacles.

⁵⁸ En el discurso que, en su defensa, pronunció Terámenes antes de ser ejecutado por los Treinta (X. *Hell.* 2.3.45), sostiene que la primera oligarquía la votó el *dêmos* porque pensó que de ese modo los lacedemonios confiarían más en los atenienses. Hay que tener en cuenta que en 403 Terámenes hablaba a un gobierno patrocinado por Esparta.

cial – que era ganar la guerra con la ayuda persa y, para ello, reformar la democracia – había sido subvertido por aquellos que priorizaban la oligarquía sobre la posibilidad de ganar la guerra. Es legítimo sospechar que el grupo de los oligarcas más convencidos era el que había iniciado los contactos con Esparta. A decir de Tucídides (91.3), en un pasaje que se inserta justamente en la descripción de la ruptura entre los oligarcas, el grupo que patrocinaba la construcción del refuerzo de la entrada del Pireo en Eetionea (90) no es que despreciara la posibilidad de mantener el *arché* o, al menos, la autonomía de la ciudad con sus Muros y la flota; sin embargo, podían renunciar a todo ello con el fin de evitar el regreso del *dêmos* y para obtener su seguridad personal⁵⁹.

En los momentos finales de la oligarquía en Atenas, Terámenes desempeñó un papel crucial, junto a Aristócrates y otros de los dirigentes. En el apretado relato de Tucídides hay varios indicios que hacen suponer que el modo en el que algunos jefes oligarcas orientaron la cuestión bélica fue determinante para el fin del régimen. Los Cuatrocientos, por una parte, no parece que obtuvieran de los lacedemonios un acuerdo satisfactorio y veían, además, que el resto de los atenienses (τοὺς πολλοὺς) y algunos de los suyos habían perdido la confianza en ellos (90.1). Por otra parte, los que tenían que desempeñar las tareas de defensa en el Pireo, tanto los *peripóloi* como los hoplitas, sospechaban que las nuevas construcciones en Eetionea se hacían para entregar la ciudad al enemigo. Es un dato de interés que la primera invocación a hacer cambios en la oligarquía aparezca entre los que dentro del régimen deseaban un vuelco de la situación sin que ello les supusiera riesgo alguno. Entonces hablaban ellos de dar de hecho (ἔργῳ) responsabilidad a los Cinco Mil, y de hacer más igualitaria la *politeía* (89.2-3)⁶⁰, aunque lo que cada uno de verdad deseaba era la vuelta de la democracia que les permitiría competir por la primacía (§ 4). Cuando los hoplitas de Eetionea empezaron a demoler el Muro, con la aprobación de Terámenes, lo hicieron invocando el lema de los Cinco Mil porque no se atrevían a mentar la democracia (92.11). Y, de nuevo, cuando los hoplitas que habían plantado cara ya a la oligarquía, detenido a Alexicles y derruido el Muro, se dirigían al teatro de Dionisio en las cercanías de Múniquia para celebrar una asamblea, son los Cuatrocientos los que les ofrecen designar a los Cinco Mil y que, por turno, estos vayan formando parte del Consejo de Cuatrocientos (93.2). La relevancia de los hoplitas en Atenas y el Pireo en esta fase, los hace aparecer ante muchos como los defensores del ‘sistema hoplítico’ de los Cinco Mil. Pero los hoplitas son simplemente los encargados de la defensa de Pireo y, a la vez, de construir la nueva fortificación en el puerto (92.4, 9).

⁵⁹ Hefner, *Phrynichos Stratonidou* cit., pp. 99-100, intenta explicar, apelando a la decisión de los de Samos de seguir la guerra, por qué Frínico habría pasado a defender un acuerdo con Esparta a cualquier precio.

⁶⁰ Aunque, como dice Andrewes, *HCTh* V, pp. 297-298, esta expresión podría indicar que sí existían los Cinco Mil, el pasaje 92.11 lo niega de plano.

En el asesinato de Frínico, al margen del protagonismo de algunos extranjeros⁶¹, estaban implicados los que se reunían en la casa del jefe de los *peripóloi* de Muniquia (92.2,5) – por tanto, pocos –, porque en la defensa de la ciudad este cuerpo de ‘guardias de frontera’ era esencial, debido al sitio al que Agis sometía a la *chóra* ática. Se trata también de hoplitas, los más jóvenes. Terámenes y los suyos no son mencionados en relación con este atentado⁶²; e incluso, en Eetionea, Terámenes sondeó a los hoplitas antes de ponerse a su cabeza y a la del resto de gente del Pireo (92.10).

Una cuestión historiográfica que merece atención es si las diferentes reuniones políticas que empezaban a celebrar en esos momentos algunos ex-oligarcas (89.2), y las que quizás ya se hacían antes entre miembros del pueblo (92.2), patrocinaban un sistema político que excluyera de la *politeía* a un número tan elevado de ciudadanos como implicaría dar poder exclusivo a los Cinco Mil o, tal como sostiene Tucídides, lo que todos querían y no se atrevían a plantear claramente era la vuelta a lo anterior, a la democracia. Que en 411, en la ciudad de Atenas, estaban presentes más hoplitas que *thêtes*, debido a que estos mayormente se habían desplazado con la flota a Samos, es algo bien conocido y no requiere de más explicación. En la narración de nuestro historiador, los hoplitas son los que tienen asignada la defensa del puerto y, por ello, son los que empezaron a desmontar el Muro nuevo, e intentaron celebrar una asamblea en el teatro (93.2), la primera desde la toma del poder de los Cuatrocientos. Pero Tucídides no olvida al resto de ciudadanos (90.1; 91.1; 92.10) cuando toma en consideración lo que conviene a toda la ciudad y, especialmente, cuando se trata de hacer frente al enemigo externo (94.1; 3). Justo en esas circunstancias, la ciudad estuvo a punto de caer en una espiral de violencia interna, en una guerra civil (92.7-8; 94.3), igual que en Samos se había planteado el riesgo de una guerra con los de la ciudad; el peligro fue concitado gracias a la actitud de algunos individuos que no son mencionados por sus nombres propios⁶³ – por tanto, no se trataría ni de Terámenes, ni de ninguno de los suyos – pero sí descritos como «los más ancianos» (92.8) o «los razonables» (ἐπιεικεῖς, 93.2). Así son caracterizados aquellos que pensaron, ante todo, en evitar la destrucción de la ciudad, una actitud que gana a la mayoría en cuanto las naves de Agesándridas hicieron su aparición a la altura de Salamina, rumbo a Eubea (94.1).

⁶¹ Sobre el asesinato de Frínico hablan Lisias (13.71) y Licurgo (1.112-115) quienes mencionan a Trasibulo de Calidonia y Apolonio de Megara. Posiblemente Agorato desempeñara algún papel porque una inscripción honorífica (ML 85) lo menciona como εὐεργέτης. La mencionada estela presupone otros decretos en los que los dos personajes citados serían honrados con la ciudadanía. Pero, como dice Hornblower, *CTh* III, p. 1020, una cosa es el hecho histórico y otra la decisión oficial. Cf. en ese sentido Shear, *Polis and Revolution* cit., pp. 141-142. Heftner, *Der oligarchische Umsturz* cit., pp. 265-279, cree que el asesinato nació del círculo de los ‘moderados’ y de los puestos de mando de los *peripóloi*.

⁶² Bearzot, *Come si abbatte* cit., pp. 44-45, cf. 87, cree que del asesinato de Frínico es responsable el entorno de Terámenes. Frínico sería la primera víctima de los arreglos de cuentas entre oligarcas.

⁶³ Salvo un próxeno, Trasibulo de Farsalo (92.8).

Tampoco en la famosa primera asamblea del Pnyx (97.1) con la que se puso punto final a la oligarquía (98.4), se excluye a los no hoplitas. ¿Por qué habría de hacerse? Y seguramente tampoco en las siguientes (97.2), cuando se elige *nomothétai* y cuando se invita a los de la flota y a Alcibíades a participar (§ 3)⁶⁴. Tucídides ensalza el modo en que los ciudadanos resolvieron el conflicto (εὐ πολιτεύσαντες) buscando mezclar los intereses de la mayoría y de la elite⁶⁵. El periodo que se abre con el derrocamiento de los Cuatrocientos tuvo que ser confuso: la asamblea lo primero que votó es aquello que como lema circulaba en Atenas, la instauración de los Cinco Mil y la prohibición de retribuir los cargos. Se trataba simplemente de un problema de escasez de recursos. Pero a través del proceso legislativo se repuso la democracia anterior y se reforzó la simbología relativa al poder del *dêmos*⁶⁶.

VI. Conclusión

En resumen, puede decirse que el golpe se desarrolló en gran medida de manera improvisada, al menos en el sentido de la ausencia de plan 'oligárquico'. Eso no excluye, sino al contrario, la abundante discusión que se refleja en los textos de la época. Había antidemócratas en Atenas: partidarios de reformar seriamente la democracia, y convencidos oligarcas. Y había críticos de la democracia que no eran pro-oligarcas, aunque ante los problemas planteados pudieran convencerse de que no había otra salida que reformar la democracia. Las posturas más definidas afloraron, y condujeron en algunos casos a la radicalización, debido a la situación de ruina económica y a la conducción desastrosa de la guerra. Con todo, un factor decisivo en la toma final de posición por parte de muchos individuos relevantes, fue sus expectativas sobre el futuro de la ciudad y su *arché*. Los beneficios del imperio alcanzaban a todos los escalones del espectro social, y la opción de no rendirse ante Esparta, tanto por patriotismo como por interés, podía tener más peso en gran número de políticos y militares que la de la forma política.

En relación con las masas de ciudadanos, *thêtes* u hoplitas, a todas luces ellos preferían la democracia a un régimen exclusivista de cualquier tipo, pero en su ma-

⁶⁴ Cf. Sancho Rocher, *Athenaion Politeia* 34, 3 cit., para una exégesis del pasaje en relación con la cuestión de la interpretación de la tercera vía. Para el problema planteado por A. Andrewes, *The Generals in the Hellespont, 410-407 B.C.*, «JHS» 73 (1953), pp. 2-9, sobre la separación de flota y ciudad hasta 407, cf. B. Bleckmann, *Athens Weg in die Niederlage. Die letzten Jahre des Peloponnesischen Kriegs*, Stuttgart-Leipzig 1998, pp. 444-445, que afirma que la acción estaba coordinada. Sobre el decreto de regreso de Alcibíades, cf. Bultrighini, *Maledetta democrazia* cit., p. 197.

⁶⁵ Cf. G. Donini, *La posizione di Tucidide verso il governo dei cinquemila*, Torino 1969, pp. 2-16, 96-104, para un comentario detallado de la postura del historiador en relación con la democracia y el eventual cambio político de 411/10.

⁶⁶ Shear, *Polis and Revolution* cit., pp. 70 ss.

yoría no eran furibundos demócratas ni gentes de convicciones profundas. Y eso se comprobó por la disposición a aceptar recortes de derechos políticos a cambio del compromiso de asegurar las soldadas. Las violentas reacciones frente a las intenciones oligárquicas se vieron fácilmente frenadas con promesas de sueldos, aunque también por la intervención de líderes prudentes que aconsejaban restablecer la concordia. En las asambleas, dirigidos por sus demagogos, en todo caso, se mostraban más inflexibles que en ausencia de estos. Puesto que los oligarcas eran sabedores de ello, uno de sus objetivos tácticos era deshacerse de los hombres más influyentes ante el *dêmos*.

Lo que se debatió o planteó, entre el invierno de 412 y el verano de 411, en detalle lo desconocemos pero, de la información que tenemos, es deducible que hubo controversia acerca del formato constitucional que se debería adoptar o mantener en Atenas, una discusión que seguramente condujo a elucidar las leyes tradicionales, así como a abordar el acuciante problema de la salvación de la ciudad. Aunque es poco probable la existencia de una tercera vía, entendida como proyecto definido y a medio camino de la democracia y la oligarquía, esta crisis dejó al descubierto muchos fallos en el sistema democrático, así como cierto desgaste en la devoción y en el sostén populares. La propaganda emitida por los oligarcas intentaba explotar esas debilidades, y de ella es posible que derivase lo que la historiografía ha dado en llamar la cuestión de la *pátrios politeía*, que no es sino el intento de ganar adeptos publicitando la recuperación de una forma de vida que, en el pasado eventualmente, había dado buenos frutos. Esta discusión condujo a la mencionada indagación sobre las leyes, así como a su ordenación y a la publicación de las que todavía eran útiles. El proceso se prolongó hasta la época de restauración democrática del 403 y afectó de lleno a los acontecimientos relativos al segundo intento oligárquico, el de los Treinta.

Finalmente, conviene cerrar una de las cuestiones formuladas al principio: casi nunca se produce que una comunidad se divida en dos bandos claros; las áreas intermedias *en la niebla*, con sus matices y paradojas, son más interesantes y ricas de lo que suele parecer a primera vista.

Laura Sancho Rocher
Universidad de Zaragoza - Grupo Hiberus
lsancho@unizar.es